

2° Congreso Educativo Latinoamericano Lasallista
Eje: Pensamiento pedagógico lasallista
Tema: Construcción de Comunidad líder
La comunidad lasallista como espacio de formación

La educación que necesitamos para el mundo que queremos es el título del presente congreso, que tiene como objetivo promover el conocimiento, la conciencia y las acciones en el servicio educativo lasallista como respuesta a los desafíos de la sociedad latinoamericana contemporánea.

El eje de esta mesa temática es: Pensamiento pedagógico lasallista con el tema de Construcción de comunidad líder. Es importante situarnos a partir de estos elementos pues es tomándolos en cuenta que daremos algunas pautas de reflexión en torno a estos presupuestos.

Entonces, ¿qué tipo de comunidad necesitamos para el mundo que queremos construir? Tendríamos que partir de las características del mundo en el que nos encontramos, así como de los rasgos que quisiéramos dibujar en él.

Una mirada muy rápida y sin grandes pretensiones nos llevaría a decir que estamos en una sociedad que vive constantes y vertiginosos cambios, en donde las ideas y modelos de sociedad y de instituciones también se han visto afectados.

Una sociedad con una fuerte tendencia al secularismo en donde conviven creencias, estilos de vida y concepciones morales muy diversas.

Una sociedad tecnológica que ha originado cambios en la manera en la que hacemos las cosas, en la que trabajamos y nos comunicamos.

Una sociedad con graves problemas sociales, fuertes desigualdades, situaciones de violencia, corrupción, etc.

Por otra parte, las personas que vivimos en ese mundo nos caracterizamos por la importancia que le hemos dado a la conciencia del propio “yo”, a la capacidad de decisión y a la posibilidad de actuación; lo cual en ocasiones lleva al individualismo y a la insolidaridad. Aunque a veces nos sorprende ver ciertas cosas como la enorme solidaridad vivida el mes pasado con ocasión de las catástrofes naturales que tuvimos en el país y en la región. Este mundo plural en el que se vive ocasiona que las convicciones sean poco profundas o que puedan convivir creencias que parecerían irreconciliables; hay conocimientos fragmentados y se dificulta que las situaciones se analicen en toda su complejidad y a partir de diferentes puntos de vista.

En la manera de juzgar con frecuencia predomina el sentimiento sobre la razón, la intuición sobre la lógica, la emoción estética sobre la verdad y sobre la realidad. Hay una fascinación por lo nuevo que se puede ver desde la necesidad de tener el último celular o tableta hasta en la adopción de las causas “sociales” que están de moda en internet.

En el mundo actual se busca la eficacia, se prefiere lo funcional e inmediato. Con ello se dificulta cultivar el sentido de gratuidad y de compromiso sostenido. Por otra parte, el joven de hoy es una persona crítica, que se apasiona con aquello que llama su atención.

Los jóvenes son nativos digitales por lo que la tecnología es para ellos como una prolongación de su propio cuerpo. Por eso mismo con frecuencia son multitareas pues están acostumbrados a recibir un sin número de estímulos y a atenderlos todos al mismo tiempo. Son extremadamente sociales, pero prefieren una socialización virtual, lo que a veces ocasiona que encuentren difícil establecer relaciones cercanas con la gente que les rodea. Por otra parte, hay muchas cosas muy positivas. Los jóvenes de hoy buscan ser autosuficientes y autónomos y quieren sentirse protagonistas. Tienen una gran sensibilidad para las causas ambientalistas, las injusticias sociales y el cuidado de su entorno. Les gusta participar, colaborar y compartir. Quieren vivir en plenitud y no están dispuestos a desperdiciar ni un solo minuto de su permanente “hoy”. Este es el mundo en el que nos encontramos.

Ahora bien, ¿qué mundo es el que queremos?

En la circular 469 podemos encontrar algunos rasgos del mundo que deseamos construir como lasallistas. Según el punto 3.11 los lasallistas queremos construir un mundo en el que se respete el derecho de la vida, se luche contra la pobreza infantil y contra todas las formas de violencia ya sea física, emocional o sexual. Un mundo en donde se atienda la situación de los niños trabajadores y se garantice una educación de calidad y una atención sanitaria adecuada.

El 3.12 nos señala como llamadas urgentes que el servicio educativo de los pobres esté unido al anuncio del Evangelio, que impulsemos una vida de fe entre los jóvenes y que presentemos de forma creíble el Evangelio en un mundo marcado por la violencia, la intolerancia y una Iglesia atribulada.

Que construyamos un mundo más allá de las fronteras en donde hagamos presente a La Salle, en donde tengamos proyectos compartidos con otras congregaciones y otros credos religiosos, en donde se aprecie el privilegio de trabajar con y por los pobres, en donde se lleguen a compromisos comunitarios de servicio, se abran espacios de esperanza comprometidos con el proyecto salvífico de Dios; en donde se generen espacios de libertad y creatividad apostólica. Todo esto para colaborar en la creación de un mundo más habitable, justo y solidario.

Pues bien, dentro del pensamiento pedagógico lasallista la comunidad es un agente formativo; por ello su construcción es el tema que en este momento nos reúne. Podemos iniciar situándonos en tres tipos diferentes de comunidades; diversas en sus características y en sus posibilidades formativas:

- 1.- Comunidad educativa
- 2.- Comunidad de aprendizaje
- 3.- Comunidad lasallista

Una comunidad educativa según Krichesky (2006) consiste en el conjunto de relaciones que mantienen los docentes, las autoridades, los alumnos y sus familias en cada establecimiento escolar. La importancia de esta forma de organización radica en que asigna

atribuciones definidas y claras para cada estrato, aunque concibe a la escuela como un espacio cerrado.

Sin embargo, para Martínez Otero (2006) una verdadera comunidad educativa estimula el desarrollo de todos sus miembros. Para que esto se logre se deben cultivar relaciones personales cercanas que permitan que se dé un proceso educativo basado en el acompañamiento y en el encuentro interpersonal. Esto hace que la escuela se convierta en un ambiente formador para todos los que la integran.

Desde su definición etimológica, la palabra comunidad nos remite a la idea de hacer algo en común pues proviene del latín *communitas* – *otis* [*En antiguo latín comoine[m] significaba 'conjuntamente', 'en común'. Communis (en latín arcaico commonis) es palabra compuesta de com + munis que significa 'corresponsable', 'cooperante', 'que colabora a realizar una tarea'. Munis, mune significa en latín 'servicial', 'cumplidor de su deber'*], o como dice Martínez Otero (2006) implica la idea de una realidad común en la que la individualidad queda trascendida por la participación y la comunicación.

Esto es lo que hace que la escuela como centro educativo se convierta en un lugar de aprendizaje y de diálogo que favorece el desarrollo humano de todos sus miembros. Gracias al interés común en la formación de todas las personas que forman la comunidad es que ésta puede poseer un gran valor pedagógico. Sin embargo, para que esto sea posible es necesario que haya sinergia entre el actuar de cada integrante de la comunidad educativa. Como sabemos la sinergia va más allá de sumar esfuerzos, implica que los resultados que se obtienen gracias a la participación conjunta de sus miembros son superiores a los que se conseguirían con la suma de las acciones individuales. Es un cambio de perspectiva: de la suma a la multiplicación, del yo al nosotros, de la actuación solitaria a la actuación solidaria.

No obstante, la realidad es que en muchas instituciones no se da este tipo de trabajo sinérgico sino hay más un trabajo que se caracteriza por el individualismo o por la búsqueda de protagonismos. En estos casos no estamos construyendo el mundo que queremos sino que nos dejamos imbuir por el mundo que nos rodea.

Para construir una comunidad educativa que sea un ambiente formador es necesario que haya una profunda cooperación entre sus miembros; esto implica tener una visión común del proyecto formativo. Tener una organización que responda a las necesidades de la vida académica, es decir, que favorezca lo que el Señor De La Salle quería: “que la escuela marche bien”. Para ello se requiere que los educadores sean conscientes de que son modelo de comportamiento pues se educa también a partir del ambiente: de lo que se dice, de lo que se hace, de cómo se dice y de cómo se hace, tal como lo podemos encontrar en nuestro modelo de responsabilidad social. Para que la comunidad forme se requiere que busque el desarrollo y la proyección de cada persona favoreciendo tanto la autonomía como la colaboración.

En este ambiente la persona se descubre y se vive como un individuo en comunidad; en donde hay cooperación, participación, relaciones cercanas y formativas. Cada uno de

estos aspectos permiten que cada quien vaya desarrollándose como persona gracias a una comunidad educativa cuyo principal interés es la formación de sus miembros.

Por otra parte, la comunidad de aprendizaje según Rosa Ma. Torres (2001) “es una comunidad humana organizada que construye y se involucra en un proyecto educativo y cultural propio para educarse a sí misma, a sus niños, jóvenes y adultos” (p. 1). Para Molina Ruiz (2005) “es un conjunto de individuos autónomos e independientes que se obligan por voluntad propia a aprender y trabajar juntos, Comprometiéndose e influyéndose unos a otros dentro de un proceso de aprendizaje” (p. 235). Digamos que hay un mayor nivel de intencionalidad en lo que se pretende del trabajo en comunidad y no siempre está ligado a una institución escolar.

Para que se dé una comunidad de este tipo es necesario atender el aprendizaje del maestro y del estudiante mediante un aprendizaje de y en colaboración. Esto permite que el trabajo diario genere aprendizajes que redunden en la mejora de la educación.

Para que una comunidad sea considerada de aprendizaje debe tener ciertos elementos, según lo menciona Molina Ruiz (2005):

- Centrar su atención en las personas favoreciendo sus procesos de formación para que los aprendizajes obtenidos lleguen a más personas.
- Un ambiente que promueva la cooperación mutua, que ofrezca apoyo emocional, que anime a que cada persona crezca y aproveche de forma sinérgica los esfuerzos de cada quien.
- Una comunidad en la que se conciba el aprendizaje como una actividad social que se construye entre todos.
- En la que se favorezca un diálogo reflexivo en un ambiente de colaboración.
- Relaciones de confianza que permitan que las personas tomen decisiones arriesgadas para el logro de los objetivos de aprendizaje. Para ello es necesario que:
 - Se favorezca la autoconfianza
 - Exista una buena comunicación interpersonal
 - Los miembros se conozcan entre sí a nivel no sólo profesional sino personal para que exista esta confianza y cercanía en donde se compartan los valores.
 - Se cultive el respeto profesional de tal manera que los miembros de la comunidad consideren a los otros como fuentes creíbles de apoyo y consejo.
 - Se establezca un compromiso de trabajo con los compañeros y con el grupo.

Para lograr lo anterior, la comunidad de aprendizaje debe concebirse como una comunidad dialógica que, en palabras de Elboj et al. (2006) se caracteriza porque se dan relaciones igualitarias que están basadas en el poder de los argumentos y no en los argumentos del poder.

Habermas (1987 en Elboj et al. 2006) señala que los argumentos tienen pretensiones de validez cuando tienen intenciones de verdad y están orientados al entendimiento. Tienen

pretensiones de poder cuando intentan imponer una interpretación, una regla, un valor, un método o una decisión.

Por lo tanto, una comunidad dialógica debe tener de base el deseo del encuentro, de la búsqueda de caminos, la posibilidad de expresión y la voluntad de escucha para que a partir de un diálogo igualitario sea posible lograr el consenso sobre el proyecto formativo que se desea alcanzar y sobre los procesos y caminos para llevarlo a cabo.

La construcción de una comunidad de aprendizaje se favorece cuando sus miembros son tomados en cuenta y se busca su aprendizaje y desarrollo. Además, es importante que se tengan expectativas positivas de las personas y del proyecto a realizar y que se realice una evaluación sistemática para ir logrando de manera gradual los propósitos deseados. Esto va a llevar al compromiso tanto con el proyecto formativo como con las personas que integran la comunidad promoviendo una relación de solidaridad, igualdad y respeto.

Para conformar una comunidad lasallista es necesario que se dé un paso más: que la comunidad se perciba como un grupo de referencia, como un grupo primario. Sociológicamente hablando una comunidad educativa con frecuencia es un grupo secundario. Según Rivera Moreno (2005), en un grupo primario hay una fuerte solidaridad, cohesión e identificación entre sus miembros, por lo que de forma paulatina se va transitando de un yo a un nosotros. El grupo de referencia es aquél que el individuo elige como paradigma y a partir del cual modela sus valores, creencias y actitudes. Estos grupos son percibidos y valorados por sus miembros como atractivos, deseables y positivos.

Antonio Botana (2004) en su escrito *El itinerario del educador*, señala que en una institución lasallista se reúnen personas muy diversas que llegan por diferentes razones desde lugares diversos y con múltiples y muy variadas historias. La tarea educativa favorece que se conformen equipos de trabajo cuyos objetivos son justamente lograr los propósitos establecidos. Los equipos de trabajo poco a poco van generando relaciones más cercanas en donde la confianza empieza a florecer y hace que ya no sólo sea la tarea la que los reúne sino la misma relación.

El Zorro nos diría, como le dijo al Principito que para formar comunidad hay que “crear lazos” y “dejarnos domesticar”. Esto es un proceso que no se da de un día para otro, que exige tiempo y paciencia; ir tejiendo momentos e ir desvelando misterios. Así poco a poco las diferentes personas que conforman una comunidad lasallista nos iremos valorando, integrando y sintiendo corresponsables tanto del hecho educativo como del crecimiento y bienestar de nuestros compañeros de camino. Poco a poco iremos pasando de ser un equipo de trabajo a una comunidad educativa y de una comunidad educativa a ser, sabernos y sentirnos una comunidad lasallista. Un equipo de trabajo se preocupa por lo que hay que hacer juntos, mientras una comunidad lasallista centra su atención en las personas que la conforman potenciando el ser más que el hacer. Desde esta perspectiva la comunidad va siendo líder porque va desarrollando liderazgos.

Para Antonio Botana (2004) la comunidad representa el contenido y el método de nuestro proyecto educativo, además de que al mismo tiempo también es el sujeto que lleva

a cabo este proyecto. Esta frase es muy interesante en el contexto en el que nos encontramos porque nos indica que una comunidad lasallista que es formadora, que permite el desarrollo de sus miembros, que favorece la autonomía, el propio conocimiento y el cultivo de relaciones profundas está en el corazón de todo proyecto formativo lasallista. La comunidad es un medio de formación de liderazgos porque nos enseña a ser solidarios a través de la valoración personal, de la comunión de personas y de la corresponsabilidad. Gracias a esto es posible llevar adelante el proyecto formativo pues cada quien da lo mejor de sí mismo porque se siente responsable del proyecto junto con los demás miembros con quienes realiza un trabajo conjunto. El liderazgo lasallista se favorece teniendo altas expectativas de las personas, permitiéndoles que tomen decisiones y animándolas a que se arriesguen.

Para lograr esto, como lo veíamos anteriormente, es necesario crear una comunidad dialógica en la que todos los miembros puedan participar, expresarse y contribuir en la toma de decisiones. Esto supone la construcción de una comunidad de fe, la cual se convierte en signo porque da testimonio de unidad, de solidaridad, de colaboración y de acogida.

Una comunidad que es líder logra que cada persona desarrolle lo mejor de sí misma y que ayude a integrarse a los nuevos elementos para que descubran lo mejor de sí mismos. Que viéndolos entiendan y aprendan cómo vivir la misión y, lo más importante, se sientan incorporados en esta comunidad de trabajo, de vida, de fe.

El carisma lasallista que se recibe como don y se comparte en la comunidad va creando espacios de escucha, de diálogo y de respuesta creativa a los requerimientos que vienen de la misión educativa. Así se desarrolla una profunda solidaridad entre las personas y se le encuentra sentido a lo que se va viviendo y compartiendo. Así vamos creando el mundo que queremos. Haciendo lo que hacemos y siendo lo que somos estaremos evangelizando.

Según Botana (2008), lo que convierte a una comunidad educativa en una comunidad lasallista es la existencia de ciertos dinamismos que son característicos del carisma lasallista, en especial:

- Un modo particular de vivir en solidaridad y fraternidad
- La escucha comunitaria de las llamadas de niños y jóvenes que se traduce en un esfuerzo continuado por organizar la obra educativa en función de las personas concretas de nuestros alumnos y de sus necesidades, especialmente de los que requieren mayor atención.
- Una participación solidaria en la responsabilidad de la misión.
- La búsqueda conjunta del sentido profundo de la acción educativa a través de la espiritualidad lasallista.

La comunidad líder genera liderazgos y educa en el liderazgo porque las personas experimentan sus capacidades gracias a la experiencia comunitaria que viven. Además, el liderazgo se vive como una responsabilidad compartida porque más allá de la función

desempeñada todos los miembros se saben corresponsables de sostener la vitalidad y el crecimiento del carisma y de la misión educativa lasallista.

Lo anterior supone una comunidad de FE que vive intencionalmente el carisma lasallista y actúa como fermento entre sus miembros. Así la comunidad lasallista se constituye como líder para favorecer la construcción de ese mundo que queremos: más humano, solidario, fraterno que se convierte en anuncio del Evangelio y en espacio de libertad, de esperanza y de creatividad apostólica.

Referencias

- Botana, A. (2004). *Itinerario del educador*. Cuadernos MEL 8/9. Roma: Casa Generalicia FSC
- Botana, A. (2008). *Vocabulario temático de la asociación lasaliana*. Ensayos Lasalianos. Roma: Casa Generalicia FSC.
- Elboj, C., Puigdellivol, I., Soler Gallart, M. & Valls Carol, R. (2006). *Comunidades de aprendizaje. Transformar la educación*. Barcelona, España: Graó
- Hermanos de las Escuelas Cristianas. (2014), *Circular 469. Documentos del 45° Capítulo General*. “Esta obra de Dios es también nuestra obra”. Roma, Italia: Autor.
- Krichesky, M. (2006). *Escuela y comunidad: desafíos para la inclusión educativa*. Buenos Aires, Argentina: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.
- Martínez Otero, V. (2006). Consideraciones pedagógicas sobre la comunidad educativa: el paradigma de la “escuela-educadora”. *Revista Complutense de Educación*. Vol. 17, Núm. 1, 51-64
- Molina Ruiz, E. (2005). Creación y desarrollo de comunidades de aprendizaje: hacia la mejora educativa. *Revista de Educación*, Universidad de Granada, núm. 337 (2005), pp. 235-250
- Rivera Moreno, J. (2005). *La pertenencia asociativa. Consideraciones sociológicas*. Cuadernos MEL 15. Roma: Casa Generalicia FSC
- Torres, R. (2001). *Comunidad de aprendizaje. Repensando lo educativo desde el desarrollo local y desde el aprendizaje*. Documento presentado en el “Simposio Internacional sobre Comunidades de Aprendizaje”, Barcelona Forum 2004, 5-6 de octubre 2001.